

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA

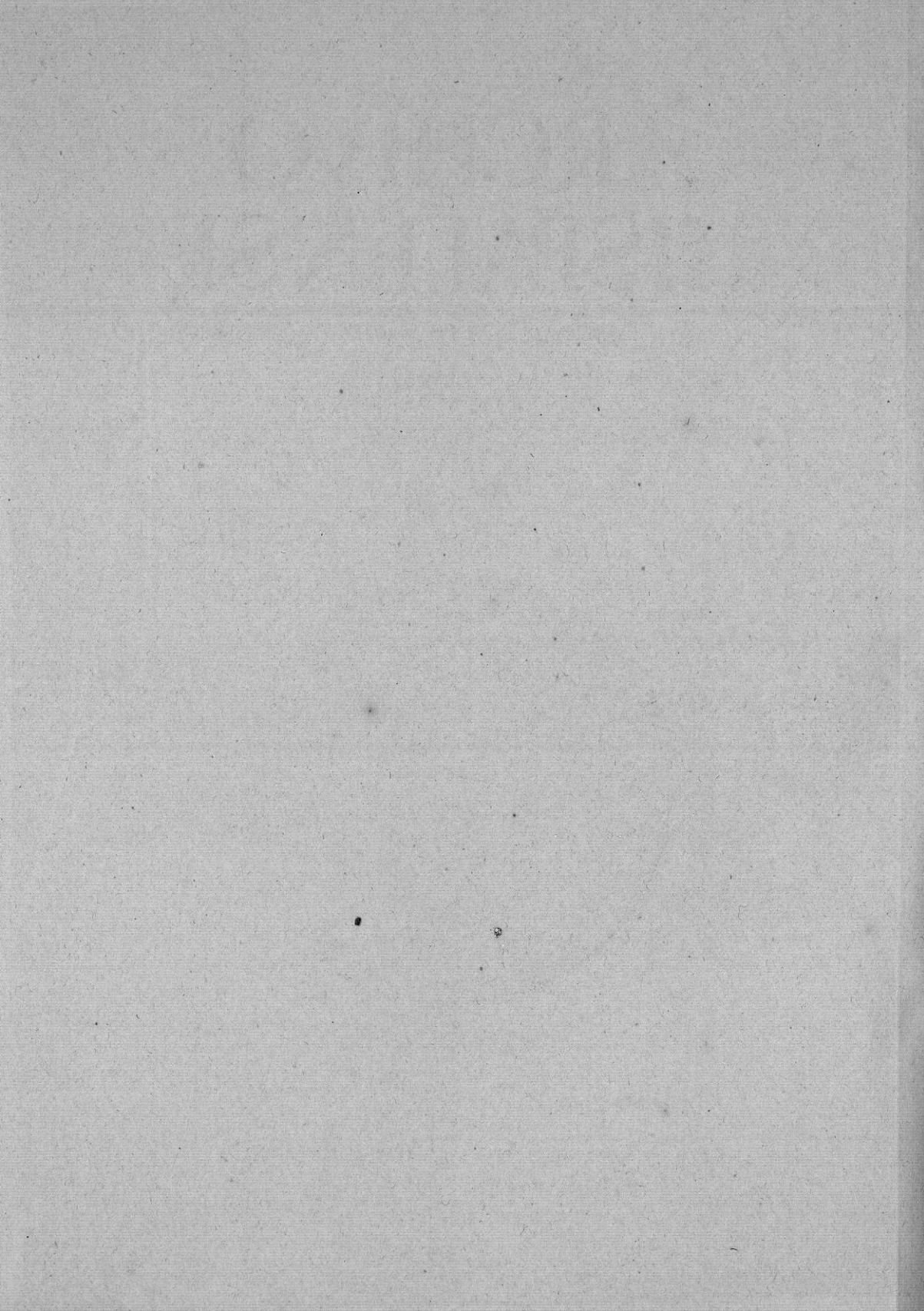
2.ª É P O C A ■ Año 1948-N.º 27-32

VII CENTENARIO DE LA CONQUISTA DE SEVILLA



SEVILLA

PUBLICACIONES DEL PATRONATO DE CULTURA
DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL



DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE SEVILLA

PATRONATO DE CULTURA



SUMA DE COSMOGRAFIA



NUESTRA APORTACION AL VII
CENTENARIO DE LA CREACION
DE LA MARINA ESPAÑOLA.



Terminada la estampación en los talleres de la Escuela Provincial de Artes Gráficas, de Sevilla, del libro intitulado

SUMA DE COSMOGRAFÍA,

del maestro **Pedro de Medina**, anunciamos a los señores suscriptores de ARCHIVO HISPALENSE la inmediata aparición de esta magnífica edición original, en facsímil, del manuscrito caligrafiado e ilustrado por su insigne autor en 1561, que se conservaba inédito en la Biblioteca Colombina de la Catedral Hispalense.

Consta de **200 únicos ejemplares**, numerados en la prensa, tirados sobre riquísimo papel verjurado y barbadillo, tamaño de página 30 x 23 centímetros. Tiene numerosos dibujos en colores y letras capitales decoradas.

El almirante y académico, Excmo. Sr. D. Rafael Estrada, ha escrito un hermoso prólogo para este bellísimo libro, que se hará raro enseguida, cuya edición realizó el Patronato de Cultura de la Diputación de Sevilla, con el decoro debido a la obra y a su autor, considerado como fundador de la ciencia náutica.

Los señores suscriptores a la revista ARCHIVO HISPALENSE tienen derecho preferente para la adquisición de un ejemplar; pero esta preferencia sólo podrá mantenerse para los primeros doscientos que lo soliciten.

Los ejemplares ya solicitados comenzaremos a servirlos inmediatamente, contra reembolso de su importe de 400 pesetas, en rama, con cubierta para rústica clásica.

PEDIDOS A

Sección de Publicaciones de la Excelentísima
Diputación Provincial.

PLAZA DEL TRIUNFO, 3 - APARTADO 25 - SEVILLA

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA
HISTÓRICA, LITERARIA
Y ARTÍSTICA

PUBLICACIÓN BIMESTRAL

2.^a Época
Año 1948



Tomo IX
N.ºs 27-32

SEVILLA
PUBLICACIONES DEL PATRONATO DE CULTURA
DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL

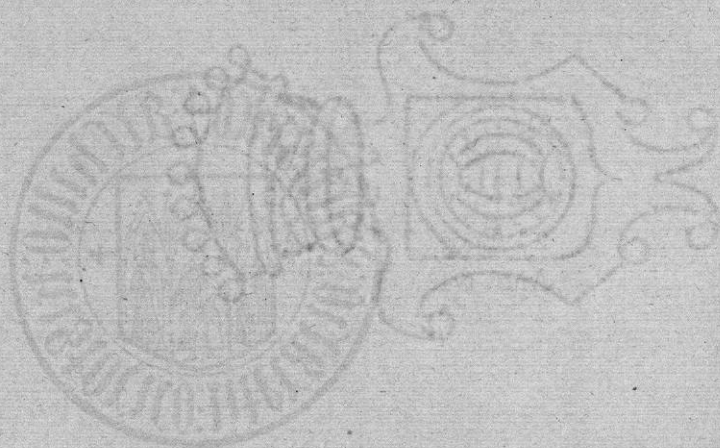
ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA

HISTÓRICA, LINGÜÍSTICA

Y ARQUEOLÓGICA

FUNDACIÓN BALLEGAARD



FUNDACIÓN DEL PATRIMONIO DE HISTORIA
DE LA REAL ACADEMIA DE HISTORIA

ÍNDICE DEL TOMO NOVENO

Artículos

	Núms.	Páginas
Ballesteros Beretta, Antonio.— <i>San Fernando y el almirante Bonifaz</i>	27-32	15
Ballesteros Gaiibrois, Manuel.— <i>Evocación de las figuras de la Conquista</i>	27-32	79
Delgado Roig, Juan.— <i>Examen médico-legal de unos restos históricos</i>	27-32	135
Gómez Moreno, Manuel.— <i>Preseas reales sevillanas</i>	27-32	191
Hernández Díaz, José.— <i>Estudio de la iconografía mariana hispalense</i>	27-32	155
Laffón, Rafael.— <i>Cantar del Santo Rey</i>	27-32	71
López Martínez, Celestino.— <i>Organización corporativa de Sevilla en tiempo de San Fernando</i>	27-32	205
Tapia, Eugenio de.— <i>Fragmentos de un poema épico</i> . Transcripción y nota preliminar de Miguel Romero Martínez... ..	27-32	225

Miscelánea

Almandoz, Norberto.— <i>Panorama musical de la época de San Fernando</i>	27-32	267
Casquete Hernando, Antonio.— <i>Tentudía</i>	27-32	271
Cortines Murube, Felipe.— <i>El monasterio de Valparaíso</i>	27-32	277
Vázquez, José Andrés.— <i>La probable casa de una noche</i>	27-32	279

Libros	27-32	289
----------------------	-------	-----

Apéndice

<i>Cátedra de San Fernando, de Historia de Sevilla</i> . Resumen del curso 1948 (1)... ..	27-32	I
---	-------	---

Fotgrabados

San Fernando.—Reproducción de un grabado en acero, de Arnold van Westerhout... ..	27-32	
Escudo de la familia Bonifaz... ..	27-32	

	Núms.	Páginas
Carta de arras de Doña Berenguela... ..	27-32	
11 ilustraciones del artículo <i>Examen médico-legal de unos restos históricos</i>	27-32	
00 ilustraciones del artículo <i>Preseas reales sevillanas</i>	27-32	
19 ilustraciones del artículo <i>Estudio de la iconografía mariana hispalense</i>	27-32	
Entrada de San Fernando en Sevilla... ..	27-32	
Tentudia.—Reproducción de un dibujo de Francisco Díaz... ..	27-32	
Dos ilustraciones de la miscelanea <i>La probable casa de una noche</i>	27-32	

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA

DE LA BIBLIOTECA

MUSEO DE

ARTES Y

CIENCIAS



ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA

HISTÓRICA, LITERARIA

Y ARTÍSTICA

EJEMPLAR NÚM. **711**

ARCHIVO ESPAÑOL
REVISTA
HISTÓRICA, LINGÜÍSTICA
Y ARTÍSTICA



IMPRESO EN ESPAÑA

EN LOS TALLERES DE LA ESCUELA PROVINCIAL DE ARTES GRÁFICAS,
SAN LUIS. 27.—SEVILLA.

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA
HISTÓRICA, LITERARIA
Y ARTÍSTICA

PUBLICACIÓN BIMESTRAL

2.^a Época
Año 1948



Tomo IX
N.º 27-32

SEVILLA

PUBLICACIONES DEL PATRONATO DE CULTURA
DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA

1948

SEGUNDA ÉPOCA

Núms. 27-32

CONSEJO DE REDACCIÓN

Don Ramón de Carranza y Gómez, marqués de Soto Hermoso, Presidente de la Excm. Diputación Provincial.—Don Cristóbal Bermúdez Plata.—D. Angel Camacho Baños.—D. Carlos García Oviedo.—D. José Hernández Díaz.—D. Manuel Justiniano Martínez.—D. Celestino López Martínez.—D. Joaquín Romero Murube.—D. Francisco Ruiz Esquivel.—D. Leopoldo Salvador Gandarias.—D. Federico Villanova Hoppe, Secretario de la Excm. Diputación Provincial.—Director: Don Luis Toro Buiza. Secretario: D. José Andrés Vázquez.

SUMARIO

Págs.

HOMENAJE 9

ARTICULOS ORIGINALES

Antonio Ballester Beretta.—*San Fernando y el almirante Bonifaz* ... 15
Rafael Laffón.—*Cantar del Santo Rey* 71
Manuel Ballesteros Gaibrois.—*Evocación de las figuras de la Conquistista de Sevilla* 79
Juan Delgado Roig.—*Examen médico-legal de unos restos históricos.* 135
José Hernández Díaz.—*Estudio de la iconografía marianah ispalense.* 155
Manuel Gómez Moreno.—*Preseas reales sevillanas* 191
Celestino López Martínez.—*Organización corporativa de Sevilla en tiempo de San Fernando* 205
Eugenio de Tapia.—*Fragmentos de un poema épico.* Transcripción y nota preliminar de Miguel Romero Martínez 225

MISCELANEA

Norberto Almandoz.—*Panorama musical de la época de San Fernando.* 267
Antonio Casquete Hernando.—*Tentudia* 271
Felipe Cortines Murube.—*El monasterio de Valparaíso* 277
José Andrés Vázquez.—*La probable casa de una noche* 279

LIBROS 289

APÉNDICE.—*Cátedra de San Fernando, de Historia de Sevilla.* Resumen del curso 1948 I

VILLA
HOMENAJE



Vera effigies Diui **FERDINANDI** tertij Hispaniaru Regis
ob hæroicas animi uirtutes in Cælestiu Albore lati. S. Ecclesiæ His-
palensis aliarumq; Cathedraliu muniificentissimi fundatoris. mauro-
rum Debellatoris accerrimi qui obijt anno salutis 1252. die 30 may
eiusque corpus post tot sæcula integrum uisitur in e^a ecclesia Patriar-
chali Hispalensis



HOMENAJE



N este jubiloso año, confirmada ya la entrañable autenticidad española, restablecida, en sus valores históricos y tradicionales, al vigoroso impulso del imprescriptible espíritu de independencia que caracteriza a la estirpe hispánica, viene la españolísima Sevilla a ser centro de convergencia para un afán gozoso: el de rendir culto al pasado con la solemne conmemoración de los hechos insignes —trascendentales para la Cristiandad y para la Patria— realizados con acendrada fe, valeroso denuedo y certero sentido político, por el predestinado genio de Fernando III, que elevara Clemente X a los altares en gracia a aquellos méritos que, con ternura filial incomparable, hiciera grabar Alfonso X, **el Sabio**, sobre su sepulcro: «El más verdadero, el más leal, el más franco, el más esforzado, el más apuesto el más granado, el más sufrido, el más humildoso, el que temía más a Dios y el que más le hizo servicio, el que destruyó y quebrantó a todos sus enemigos, el que conquistó la Ciudad de Sevilla que es cabeza de toda España»... Y el que —añadimos nosotros— como postrera lección de su maestría en el alto menester de luchar por Dios y gobernar en su nombre, quiso morir aquí. En Sevilla, cuyo aire —cruzado de alientos preclaros a lo largo y a lo ancho de la Historia— había hendido, con luz de estrella que surca el espacio infinito, su postrimera voz ferviente; desnuda el alma para ofrecérsela a Dios con transparencia de justo, y desnudo el cuerpo de todo atributo real para dárselo a la tierra en la humildad misma del nacer igual de toda humana criatura.

Aún le permiten a Sevilla su añeja fama y sus esfuerzos nuevos, continuar en el gozo de extender lo español por el universo mundo, sin duda por la secular comunión con el Santo Rey, cuyo cuerpo incorrupto, yacente en la real capilla catedralicia, tenemos por centro luminoso para el espíritu bajo la tutela maternal incomparable de Santa María: inspiración y apoyo de todos los emprendimientos del «celosísimo, vigilantísimo y observantísimo celador del honor de Dios y de su Santa Ley», como escribiera fray José de Cádiz, y nuestra Protectora piadosísima.

Y pues que esa espiritualidad, sostenida con expansivo vigor, permitió que Sevilla llenara innumerables páginas, memorables y valiosas, en la historia de una España fecunda en su unidad, razón es que este año reciba en sí, por San Fernando, el homenaje de fiesta mayor que le depara la conmemoración de la Conquista —o Reconquista y retorno al cristiano regazo— que le permitió reanudar el ejercicio libre de su índole peculiar, interrumpido por un azar adverso. San Agustín, con su principio sobre el providencialismo en la Historia, nos lo explicará como lección de prueba para ser dignos siempre, y como ejemplar enseñanza de ser siempre precavidos. Lección de prueba, porque Dios corrige así los desvíos de sus criaturas amadas para mantenerlas en pura fidelidad; ejemplo de precaución, porque el espíritu del Mal no se aviene a aceptar los altos designios del Bien, y procura perturbarlos adentrándose con sutileza sombría en las conciencias debilitadas por la humana flaqueza.

Con la toma de Sevilla en 1248 —culminación de la prueba providencial de entonces— alcanzaron cima sublime las empresas militares y políticas de Fernando III, **el Santo**, y, en la paz restauradora, fué el gobernante prudente y sabio, —pleno de dignidad civil—, que ordenó la administración, dictó fueros que, inspirados en la tolerancia cristiana, concernían también a los mudéjares y judíos que permanecieron en los vastos territorios ganados; suyo fué el pensamiento de formar un Cuerpo legal que simplificase la diversidad enredosa que le quitaba a la política la transparencia de agua, clara y sin sabor, que San Francisco de Sales preconizó para el buen arte de gobernar a los pueblos, suyo también el afán

de extender la cultura, con el apoyo eficaz que diera a las nacientes Universidades, y cuya la idea —cuyo desarrollo cohibió la muerte— de llevar al norte de Africa la civilización española y cristiana, mediante el nexo marineró de la primera flota nacional creada por él para las insignes jornadas sevillanas... En éste, por entonces frustrado pensamiento, consiguió al menos, en prudente amistad con el propio adversario vencido, establecer el eficaz jalón previo de las misiones franciscanas que habían de servir su noble intento...

Si miramos, con despejada razón, todo lo que someramente enunciamos, veremos cómo nuestra vida nacional presente se rige por afanes idénticos, anidados en la mente y en el corazón de Franco, nuestro Caudillo en la guerra liberadora y en la constructora paz, fiel intérprete y capaz seguidor de la lección histórica fernandina.



ARCHIVO HISPALENSE, con buena voluntad, constante en su culto a la espiritualidad de Sevilla, con amor cordial a todo cuanto es bueno y bello para ensalzar a España, junta en este volumen lo mejor que pudo reunir, y lo aporta a la conmemoración de la Conquista: un ramillete de flores fragantes del espíritu, que deposita, con emoción pura, junto al cuerpo incorrupto de San Fernando, en tanto recuerda y musita, como oración del alma, la salutación de Fernando de Herrera en su inspirada **Canción** al Rey mejor:

«Salve, ¡oh defensa nuestra...!»

ARTÍCULOS ORIGINALES

SEVILLA RESTAURADA

FRAGMENTOS DE UN POEMA EPICO

POR

EUGENIO DE TAPIA

TRANSCRIPCIÓN Y NOTA PRELIMINAR

DE

MIGUEL ROMERO MARTÍNEZ

La figura de Eugenio de Tapia es una de las más interesantes que se cuentan entre los poetas menores del primer tercio del siglo XIX. Nace Tapia en Avila y muere en Madrid; su vida abarca el dilatado período de ochenta y cuatro años, de 1776 a 1860, desde mediados del reinado de Carlos III hasta casi el final del de su bisnieta Isabel II. Pasa el poeta larga temporada en Londres, donde aprende el inglés y adquiere sólidos conocimientos históricos y literarios. Traduce el «Agamenón» de Esquilo, sobre la versión francesa de Lemercier. Edita en Cádiz, en 1808, su romance heroico «Dupont rendido», en que canta la victoria de Bailén. Se afilia al partido liberal; redacta con su gran amigo el glorioso Quintana el «Semanario Patriótico»; padece terrible persecución política en 1814, como supuesto conspirador, y tras varios meses de dura cárcel, que hacen pensar en las angustias y desventuras de Silvio Pellico, ve

proclamada su inocencia. Es nombrado director de la Imprenta Nacional y académico de la Española. Publica trabajos jurídicos estimables y una curiosa «Historia de la Civilización Española» (1840), naturalmente anticuada en nuestros días, pero que no deja de ser el primer ensayo serio sobre el tema y está escrita con sentido moderno de la verdadera historia.

Dos ediciones antiguas se conservan de sus «Poesías»: la que puede llamarse preoriginal, impresa en 1820, bajo el seudónimo de «El Licenciado Machuca», y la verdadera y definitiva edición original, con el nombre del autor, de 1821. Las dos son hoy de excesiva rareza, sobre todo la última, lindo volumen en 8.º menor, de 222 páginas, estampado con esmero en Madrid, en la Imprenta Nacional. Valle y Bárcena escribió una puntual biografía de Tapia, en que dió a conocer varias poesías inéditas de este ingenio (1859), y Porter estudió al poeta y su obra en el brillante ensayo «Eugenio de Tapia, a Forerunner of Mesonero» (H. Rev., VIII, 145).

Es Tapia un clasicista prerromántico de corto aliento inicial, manifestado en ingenuos y sencillos romances, anacreónticas, cantatas y elegias al gusto de su época, traducidas algunas de éstas del inglés o del italiano. Su «Epístola a Fabio», escrita desde el monasterio de Guisando en bien cortados endecasílabos, es de más interés que sus otras primicias. Lo más considerable de todo cuanto escribió es acaso lo que acertó a inspirarle su musa burlona, satírica y antirromántica, como el romance de «La Posada», buen documento acerca de las antiguas hospederías españolas; el romancillo de «Los Toros»; el fino canto heroicoburlesco de «La Envidia Literaria»; el soliloquio bufo de «El Censor Angustiado»; la intencionada «Egloga Sepulcral», y el gracioso romance en esdrújulos titulado «El Teatro», despiadada sátira de las exageraciones de la dramaturgia romántica. La avanzada edad que alcanzó el poeta le permitió sobradamente ser testigo de los grandes e indiscutibles triunfos del Romanticismo.

El interesante ensayo épico «Sevilla Restaurada», inserto en las páginas 68-130 de la rara edicioncita de 1821 y que nunca se continuó ni llegó a terminarse, tiene pasajes de señalado mérito. Su noble y elevado tono, sus vigorosos trazos, sus felices imágenes, su riqueza y elegancia verbal comunican un insospechado brío, una grata vivacidad, una especie de romántico ardor al poema de este burlón antirromántico. Creemos que merece la pena de que releamos sus robustas y sonoras octavas en esta hora del Centenario y de que consagremos un recuerdo de estimación y simpatía al poeta que supo dedicar a la reconquista de nuestra ciudad la más inspirada y mejor lograda de todas sus obras.

SEVILLA RESTAURADA

*QUOD SI DEFICIENT VIRES, AUDACIA CERTE
LAUS ERIT; IN MAGNIS ET VOLUISSE SAT EST.*

PROPERCIO.

Canto 1.^o

**Reseña del ejército cristiano, y arenga que le dirige su caudillo
el Rey San Fernando**

En una extensa y floreciente vega,
Que atraviesa un arroyo cristalino,
La hueste castellana se congrega,
Y al brillar el lucero matutino
En alarde vistoso se despliega.
Con tu excelso favor, Numen divino,
Sacaré del olvido tenebroso
Mil héroes dignos del laurel honroso.

Tú el primero serás, bizarro infante,
Tú que cubierto de acerada cota
Y del dorado casco relumbrante,
Mil lanzas acaudillas: tu derrota
Jurada tiene el árabe arrogante,
Esclarecido Enrique, en él embota
El fulminante hierro que al abismo
Tantos héroes lanzó del islamismo.

Gozoso el Soberano ve formados
Con gallardo ademán estos guerreros

De arneses pesadísimos armados.
 Guía su hermano Alonso mil lanceros
 De lucientes lorigas pertrechados:
 Seiscientos denodados coraceros
 El infante Fadrique acaudillaba,
 Y envanecido al Rey los presentaba.

Haro viene después, Haro el ilustre
 De Vizcaya señor: quinientas lanzas
 Con que dará a su stirpe nuevo lustre
 Siguen hoy su pendón. ¡Qué de alabanzas
 En el campo te aguardan cuando frustre
 Tu pericia sagaz las asechanzas
 Del árabe en tu daño conjurado,
 Y en sus ardides pérfidos burlado!

El prudente Vivar á la cabeza
 Marcha de cuatrocientos segovianos:
 Síguete el ágil Ponce, y con destreza
 Rige número igual de toledanos.
 Trescientos que en Andújar y Baëza
 Giron amaestró siguen ufanos,
 Y en pos guía Ceballos con denuedo
 Doscientos de Reinosa y de Laredo.

Revestido de acero pavonado,
 Y un águila dorada por cimera
 Con pluma verdegay, en un tostado
 Potro que vence al viento en su carrera,
 Se presenta Guzmán el denodado
 Con blanco pendoncillo en la asta fiera,
 Y por divisa un brazo en el escudo
 Con este mote: ¿quién vencerle pudo?

Joven bizarro y bello y generoso
 Prez será de su stirpe esclarecida:

Trescientos siguen su pendón glorioso,
Con que ha de hacer su fama distinguida.
Mas ¡ay! que Amor le acecha cauteloso,
Y ya aguza su dardo el homicida:
¡Dardo fatal! que rechazar no es dado
Al escudo con bronce reforzado.

* * *

El emponzoñará tu tierno pecho,
Valeroso adalid, y las virtudes
Que heredaste en la cuna, á tu despecho
Eclipsadas serán. ¡Qué de inquietudes
Te aguardan! ¡ay! hasta que al fin deshecho
El encanto falaz, cual ahora acudes
A la voz del honor, lo harás entonces,
Y tu memoria vivirá en los bronces.

* * *

Tras estos ricos-hombres de Castilla,
De Santiago el pendón al viento ondea,
Trescientos caballeros acaudilla
Con roja cruz al pecho el gran Correa,
Fiero y terrible cuando su cuchilla
Cual rayo en los combates centellea,
Generoso y humano en la victoria,
Ambicioso de timbres y de gloria.

* * *

La blanca cruz en estandarte rojo,
Honor de Malta, anuncia la llegada
Del noble hospitalario cuyo arrojo
En Oriente le dió fama preciada,
Y fama y además rico despojo
En esta gloriosísima jornada.
El piadoso Hernán Pérez marcha al frente:
Doscientos forman su escuadrón valiente.

* * *

Ya vuestra roja cruz y blanco manto,
Infelices templarios, aparecen

¿A qué lidiar y distinguirse tanto,
Y ese celo y honor que os enardecen,
Si la envidia después... Mas entretanto
Coged los lauros que en el Betis crecen;
Ramírez os conduce al triunfo cierto,
Y el templo de la gloria os está abierto.

* * *

El ilustre escuadrón de Calatrava
En pos de los del Temple ante Fernando
Su vencedora insignia desplegaba,
Del intrépido Ordóñez bajo el mando:
Trescientas lanzas son que cuando osaba
La sierra traspasar el infiel bando,
Cual escollo á las ondas resistían,
Y el reino de Toledo defendían.

* * *

Ya veo tremolar vuestro estandarte
Con el verde peral en campo de oro,
Caballeros de Alcántara, baluarte
En que á estrellarse fué soberbio el moro.
Yáñez, batallador, rayo de Marte,
Cuando oye el eco del clarín sonoro,
A los doscientos guía que formaban
Tan noble cuerpo, y por lidiar ansiaban.

* * *

Un lucido escuadrón de aventureros
Vargas el hazañoso al Rey presenta;
Vargas, honra y dechado de guerreros.
El heroico valor su pecho alienta,
Gózase en el crujir de los aceros,
Y el reposo le cansa y le atormenta.
Sobrio y austero, infatigable y fuerte,
Cifra su honor en arrostrar la muerte.

* * *

Va el campeón a la jineta armado,
Y oprime el fuerte lomo de un overo:

Lleva en la cuja como pino alzado
La istriada lanza: de lustroso cuero,
Con seis chapas de bronce reforzado,
Era la adarga, y su divisa un fiero
León venciendo á un tigre, y este lema:
¿Habrà quien le provoque, y no le tema?

* * *

Pasado este escuadrón, de los peones
Luego el ruidoso alarde se comienza.
En la avanguardia ondean los pendones
De Burgos, de Segovia y de Sigüenza,
Y el que de Avila ornaba los torreones.
De Almazán los concejos y de Atienza
Siguen después, y el numantino ufano,
Terror en otro tiempo del romano.

* * *

Los que Ceres fructífera sustenta
De Campos en las tierras dilatadas
Vienen allí también, y el que apacienta
Su ganado en las fértiles cañadas
Del Liébana montuoso, y el que ostenta
Sus trashumantes lanas tan preciadas,
Y los que el agua beben cristalina
Del Tormes, y la gente palentina.

* * *

Siete mil la avanguardia componían
Que el adalid mayor acaudillaba,
El gallardo Muñoz, á quien seguían
Gozosos los guerreros porque osaba
Lo más difícil siempre: aun le veían
Con rápida destreza y alma brava
Tregar de la gran Córdoba los muros
Sorprendiendo á los moros mal seguros.

* * *

Los hijos de Galicia sufridores,
El indomable astur, á quien Pelayo

La corona debió de sus mayores;
 El cántabro animoso que cual rayo
 A los fieros de España usurpadores
 Infundió siempre aterrador desmayo,
 Forman de la batalla el cuerpo fuerte:
 Nueve mil son á quien tocó esta suerte.

* * *

Mandábalos Rodrigo, dulce fruto
 Del amor en que ardió por una dama
 Alonso el de León; guerrero astuto
 Esconde sus designios, y derrama
 Súbitamente la orfandad y el luto:
 Tal en seco pinar oculta llama
 Arde, y nadie la observa hasta que el monte
 Alumbra con su fuego el horizonte.

* * *

El cuerpo de la hueste postrimero
 Dávila va mandando el inturbable:
 Ocho mil guía el campeón severo
 Por su experiencia y canas venerables.
 De Toledo el pendón es el primero,
 Insignia de la corte respetable:
 Sigue el concejo fiel que sus hogares
 Tiene junto al humilde Manzanares.

* * *

Ya asoman los que moran en la sierra
 Donde tiene su claro nacimiento
 El aurífero Tajo, y los que encierra
 Guadarrama en su seno macilento,
 Y los que habitan la espaciosa tierra
 Donde gira el Guadiana en curso lento,
 Que ocultando en la tierra sus raudales,
 Vuelve á nacer en claros manantiales.

* * *

En pos marchaba el morador robusto
 De los feraces campos, do el valiente

Viriato domó un día del injusto
Romano la soberbia prepotente.
De la ciudad Norbana, do el agosto
Trajano levantó el famoso puente,
Dos veces cien guerreros se presentan,
Y en gallardo ademán su brío ostentan.

* * *

Viene después el que en las faldas mora
De los marianos montes, y el que á orillas
Del Betis olivífero atesora
Sin angustioso afán y sin rencillas
Copiosos frutos que el estío dora.
Las gentes laboriosas y sencillas
Del andévalo monte allí aparecen,
Y firmes pechos a la patria ofrecen.

* * *

Con la adorable cruz cierran la hueste
Seis pastores celosos y esforzados
De la cristiana grey: bajo su veste
Cifien la dura cota, y cien soldados
Cada cual guía, y con fervor celeste
Los exhorta á la lid: por más osados
Tú de Astorga Don Pedro y tú de Coria,
Sancho, vivís en eternal memoria.

* * *

Luego que los alardes acabaron,
El magnánimo Rey se puso al frente
Con grave majestad: todos callaron:
Y él alzando la voz, cual elocuente
Profeta á quien sumisos escucharon
Los hijos de Israel, su celo ardiente
En persuasivas cláusulas derrama,
Y así á la hueste poderoso inflama.

* * *

La gloria os brinda desde el fértil llano
Do la rica metrópoli se extiende:

Allí el supersticioso mahometano
 Con culto impío al Hacedor ofende:
 Allí gime cautivo el fiel cristiano,
 Y en justa indignación su alma se enciende
 Viendo al falso Corán en honra tanta
 Donde adoraba el godo la Cruz santa.

* * *

Tiempo es ya de borrar tantos baldones,
 Y exterminar de allí la raza odiosa
 Que sumió en el terror á las naciones.
 Caerán ante esta insignia victoriosa
 De aquellas altas torres los pendones;
 Caerán cual los de Córdoba orgullosa:
 Unión y disciplina, y vuestro celo
 Premiará con gran triunfo el justo cielo.

* * *

Y llamados seréis libertadores
 De la grande ciudad, y en toda España
 Gratos resonarán vuestros loöres.
 ¡Oh gloria sin igual! con justa saña
 Romper de esos altivos opresores
 El férreo yugo, la feraz campaña
 Ver al cristiano cultivar seguro,
 Y ofrecer al Eterno un culto puro.

* * *

Sirva al bien de la patria la riqueza
 Que en su opulento alcázar guarda el moro:
 Allí cercado de oriental grandeza,
 Brillando en perlas, en diamantes y oro
 Vive Aliatar, (1) y en mísera pobreza
 Gime el noble cautivo con desdoro.
 ¿Y tolerar podréis que ese tirano
 Insulte por más tiempo al castellano?

* * *

(1) El poeta, por enfonía, dice Aliatar, en vez de Axataf, verdadero nombre del entonces rey de Sevilla.

Nó, que ya vuestros pechos, encendidos
En militar ardor, con impaciencia
Ansiando están la lid; ya apercibidos
La señal aguardáis que con vehemencia
Inflama á los cristianos aguerridos,
Y despreciar los hace la violencia
Del árabe feroz cuando su lanza
Vibra, ardiendo en deseo de venganza.

* * *

Ese valor intrépido, soldados,
Es el que nos abrió fácil camino
Hasta el Guadalquivir: por él domados
Tantos pueblos se ven: igual destino
Temen los de Sevilla escarmentados;
Y aunque miran su daño tan vecino,
En los muros se encierran cautamente,
No osando ya en el campo hacernos frente.

* * *

Mas nosotros allí los buscaremos:
Con cerco estrecho y con afán constante
A rendirse o lidiar los forzaremos.
Mañana cuando el alba rutilante
Al universo alumbre marcharemos:
La muerte y el terror irán delante;
En tanto reposad, y el vencimiento
Esperad del que rige el firmamento.

* * *

Dijo; y la hueste aplaude, y retumbando
Corre la voz, y el monte cavernoso
Repite el claro nombre de Fernando.
Tal se extiende hasta Calpe proceloso,
Las arenosas playas atronando
De las ondas el ruido estrepitoso,
Cuando al piélago inmenso y á la tierra
El recio vendaval mueve la guerra.

Razonamiento del tirano de Sevilla dirigido á los caudillos del ejército sarraceno, juntos en consejo de guerra; y dictamen de los más señalados de éstos

Al sevillano alcázar entretanto,
Do revuelve Aliatar diversos planes
En su mente agitada del espanto,
Acuden los caudillos musulmanes,
A quienes, indeciso en riesgo tanto,
Consultar quiere el déspota: de afanes
Cercado, y respirando ciego encono
Contra la santa ley, ocupa el trono.

Gazul el iracundo se presenta,
Del cristiano enemigo inexorable:
Dócil á la amistad, y en la sangrienta
Lid indómito Muza y formidable,
Entra con Abenzayde, á quien su lenta
Prudencia hace en Sevilla respetable:
Llega Almanzor bizarro y jactancioso,
Y el africano Benyusef doloso.

Ni faltabas tú allí, noble Abenzarca,
Tierno al amor y en el amar constante,
Fiero en la lid como sangrienta parca.
Estos y otros caudillos el brillante
Solio circundan. El sagaz monarca
Los recibe con plácido semblante,
Y ocultando el temor que agita al alma,
Así les dice en aparente calma.

Vuestro celo y valor, nobles guerreros,
Esperanza me dan de una victoria
En que deshechos los cristianos fieros
A Sevilla cubráis de eterna gloria.

Bendecirán los siglos venideros
Con tierna gratitud vuestra memoria,
Y el premio eterno gozaréis que ofrece
El profeta a quien digno lo merece.

Con muerte ó afrentosa servidumbre
Amenaza de Córdoba el tirano.
¿Qué musulmán desde la excelsa cumbre
Bajará del honor, y cual villano
Confundido entre ignoble muchedumbre
Doblará su cerviz al castellano?
¿Quién sufrirá que en la mezquita santa
Se enarbole la cruz que al pueblo espanta?

No porque los contrarios escuadrones
Cierren el paso á la encumbrada sierra,
Ni porque de tan cerca sus pendones
Nos amenacen con sangrienta guerra,
Desmaye nuestro pecho; esas legiones
Que talan hoy feroces nuestra tierra,
En ella encontrarán tumba espantosa,
O la servil cadena ignominiosa.

Ya llegan nuevas huestes auxiliares,
Del reino acuden numerosas gentes,
Dejando sus pacíficos hogares,
Y ocupan el lugar de los valientes
Que en los pasados fúnebres azares
Víctimas fueron, víctimas dolientes
Que «venganza, venganza» en voz rabiosa
Claman desde la tumba pavorosa.

Grande escuadra de naves sevillanas,
Juntas en formidable poderío
Con robustas galeras africanas,
Defienden ya la entrada del gran río;

Y si osaren venir las castellanas,
Cual parece su intento, ver confío
Teñido el mar de sangre nazarena,
Y de trofeos la mezquita llena.

* * *

En Jerez y Sanlúcar prevenida
De guerreros gran copia inquieta espera
De la enemiga escuadra la venida
Para acudir al punto a la ribera;
Y la cristiana gente que atrevida
Ose en el río entrar, la luz postrera
Verá de espesos dardos eclipsada,
Y quedará en las ondas sepultada.

* * *

No empero sin peligro los guerreros
En la playa estarán mientras a Aljena (1)
Dominen los cristianos altaneros,
Que saliendo de allí la vega amena
Talan, y hasta Jerez corren ligeros,
Sorprendiendo a la gente sarracena.
Y hasta el mar volarán con furia insana
A auxiliar a la escuadra castellana.

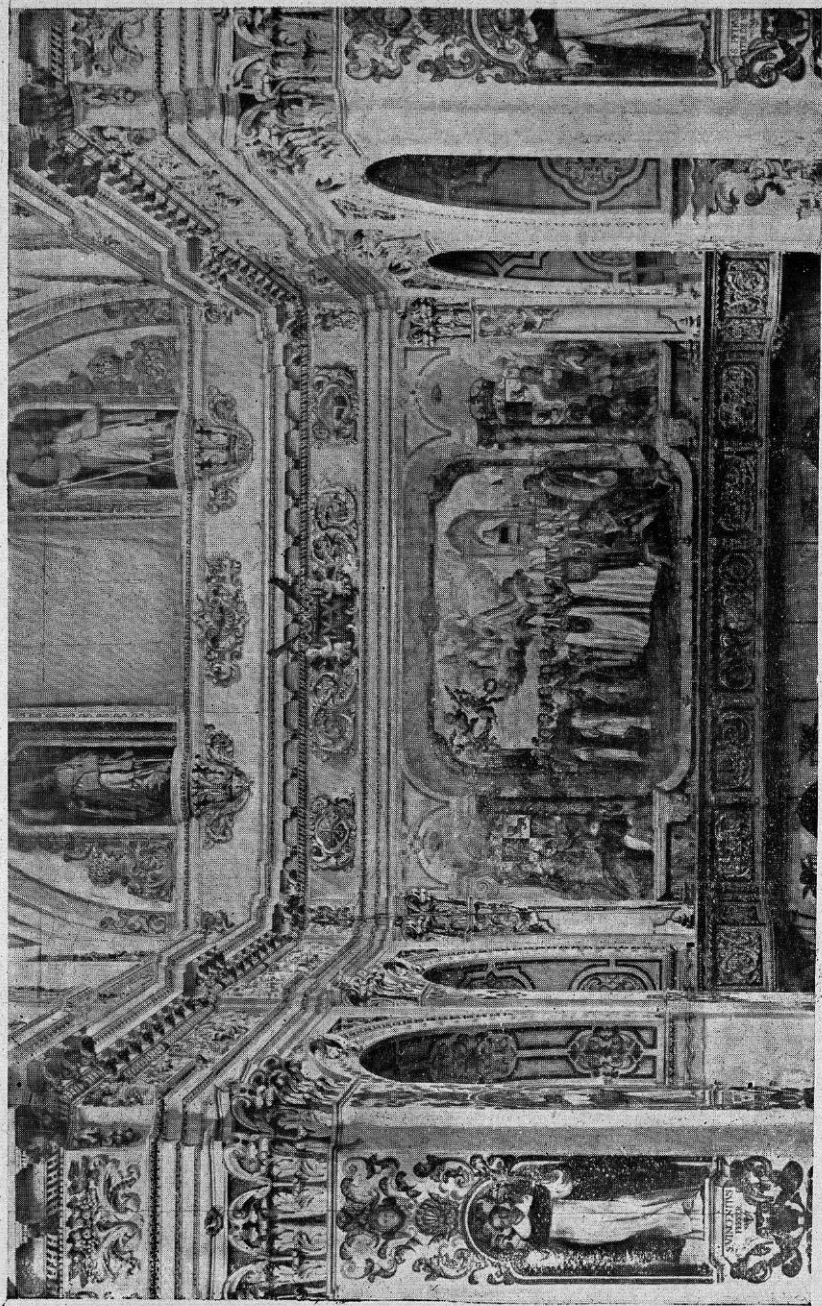
* * *

Empresa a la verdad muy ventajosa
De aquella plaza la conquista fuera;
Mas difícil la creo y peligrosa;
Y para resolver cuál conviniera,
Juntaros acordé: vuestra juiciosa
Opinión sólo aguardo: la sincera
Verdad, no la pasión, dicte el consejo
Para que acierte mi ánimo perplejo.

* * *

Dijo; y se escucha al punto un resonante
Murmullo en el salón, cual en estío

(1) Hoy Alcalá de Guadaira.



Entrada de San Fernando en Sevilla.

Pintura mural en la iglesia parroquial de Santa María Magdalena, antigua del convento dominico de San Pablo.

Foto: LABORATORIO DE ARTE.—UNIVERSIDAD DE SEVILLA.

De abejas el zumbido susurrante.
 Gazul en saña ardiendo: ¿a nuestro brío
 Será imposible, exclama, la triunfante
 Cruz arrancar de Aljena, y al impío
 Que allí la enarboló con mengua nuestra
 Para siempre aherrojar la osada diestra?

* * *

No es tan ardua la empresa: batallemos,
 Señor, y a esos cristianos orgullosos
 Con un golpe terrible escarmentemos.
 Y es tiempo de emprender: no recelosos
 Aquí a los enemigos aguardemos;
 Ni son mas que nosotros animosos,
 Ni sus lanzas mejor un pelo hienden,
 Ni aquí a sus hijos y su hogar defienden.

* * *

¿Los veremos talar desde estos muros
 Nuestros fértiles campos? ¿En sus tiendas
 Reposarán tranquilos y seguros
 Aguardando más huestes? ¿Las horrendas
 Blasfemias no escucháis de esos impuros
 Contra el profeta santo? No suspendas
 La venganza, Señor: la marcial trompa
 Luego en ecos de guerra el aire rompa.

* * *

¿Qué nos detiene? ¿Acaso la fortuna
 Que injusta dió a Fernando sus laureles
 Constante fué jamás? ¿Jamás la luna
 Triunfará de la cruz, y esos cruëles,
 A quien odio-juré desde la cuna,
 Impunes talarán nuestros vergeles,
 Y los hijos vendrán a cautivarnos
 Sin acudir valientes a vengarnos?

- * * *

¡Pues qué! ¿ya se olvidaron las victorias
 De Muza y de Tarik? ¿El desaliento

Habrá de suceder a tantas glorias?
 No; que aún guerreros hay cuyo ardimiento
 Sabrá resucitar muertas memorias,
 De Fernando con mengua y escarmiento,
 Este es mi voto: apercibir la lanza,
 Y dar asalto a Ajena sin tardanza.

* * *

Y ese el mío también; que mengua fuera
 Ceder el campo al castellano osado,
 Dijo Almanzor, mientras que el asta fiera
 Pueda el brazo blandir. Si resguardado
 Dentro del muro el campeón espera
 Al enemigo fuerte y denodado,
 ¿Qué crédito en España grangearíamos?
 ¿Cómo al tibio y cobarde alentaremos?

* * *

¿Se dirá de nosotros que abatidos
 A vista del peligro desmayamos,
 Y que aun por auxiliares sostenidos
 Marchar al campo, y combatir no osamos?
 Los lauros tantas veces adquiridos
 Con esta indecisión ya marchitamos.
 Al arma, gran Señor, truene la guerra,
 Y en sangre hispana inúndese la tierra.

* * *

Yo, yo mismo a Fernando en la pelea
 Buscaré, relaré; rayo mi lanza,
 Y el campo de la lid su tumba sea.
 No más indecisión, no más tardanza:
 Muerte o victoria el musulmán desea,
 Mil desdichadas víctimas venganza
 Piden, y la tendrán; y al cielo juro
 Ser el primero en asaltar el muro.

* * *

Siguen este dictamen belicoso
 Otros nobles caudillos, que impacientes

Aguardan la señal; cuando el juicioso
Abenzayde, que ve los inminentes
Peligros de un combate presuroso,
Y a los cristianos teme armipotentes,
Con grave aspecto y con decir sonoro
Así razona ante el senado moro.

* * *

Plausibles son, o nobles campeones,
Ese amor de la patria y bizarría,
Ese denuedo de ínclitos varones;
Y aunque ya no da impulso al alma mía
El juvenil ardor, vuestras razones
Me infunden nueva fuerza y valentía,
Y si un vano deseo no me engaña,
Hoy me vierais bizarro en la campaña.

* * *

No empero ardiendo en indiscreto celo
Corramos a la lid precipitados,
Que no protege al temerario el cielo.
Pensad que no pudimos esforzados
Impedir que invadiese el patrio suelo
Ese fiero opresor; que sus soldados,
Son veteranos, en las lides diestros,
Y bisoños gran parte de los nuestros.

* * *

Si en el trance fatal de una batalla
Nuestras huestes perecen, ¿por ventura
Podremos defender esta muralla?
Contemplad de terror y de amargura
Cubierta la ciudad, rota la valla
Que hoy fuerte nos defiende y asegura;
¿Quién podrá entonces atajar valiente
Del enemigo ejército el torrente?

* * *

Refrenar el valor y la impaciencia,
Y no de un ciego pundonor llevarse,

Esto es lo que nos dicta la prudencia,
Y esto lo que ahora debe practicarse.
No desoigais la voz de la experiencia:
Ved que suelen los tronos arriesgarse
Por no pesar sus fuerzas desvalidas,
Y acometer empresas atrevidas.

* * *

Empero si la hueste ejercitamos,
Mas y mas aumentándola, segura
Estará la victoria que anhelamos.
Poco valdrá a Fernando su ventura
Cuando con dobles fuerzas le embistamos,
Cuando en sangre cristiana la llanura
Se inunde, y nuestros bravos campeones
Desgarren de Pelayo los pendones.

* * *

Provista está además copiosamente
De basamentos la ciudad, y paso
Para acopio mayor franquea el puente;
Pero el cristiano ejército, que escaso
Se verá por la tala prontamente,
Debiendo sus acopios al acaso,
Cederá desmayado a vuestro brío
Cuando el hambre le aqueje y el estío.

* * *

Entonces ha de ser el embestirle,
Y en marchas y en ataques incesantes
Sus fuerzas fatigar y consumirle.
Del clima los ardores sofocantes
Acabarán en breve de abatirle;
Y cuando sus caudillos anhelantes
Busquen descanso en la oprimida tierra,
Sólo hallarán sublevación y guerra.

* * *

Ese Rey de Granada fementido,
Que se hizo de Fernando tributario,

Cuando débil le vea y perseguido
 Se hará como nosotros su contrario;
 Y entonces el cristiano acometido
 Do quier que se encamine en curso vario,
 No hallándose en la Bética seguro,
 Irá a ácogerse al toledano muro.

Del canto 2.º

Marcha del ejército cristiano con dirección a Sevilla

Del sol la precursora refulgente
 Con plácido sosiego atravesaba
 Las sonrosadas puertas del oriente.
 De blanca luz el orbe se bañaba,
 Y un aura deliciosa blandamente
 En los coposos árboles soplaba,
 A cuyo tiempo el coro de las aves
 Saluda al alba en cánticos suaves.

* * *

Con verde alfombra y matizadas flores
 Engalanaba el suelo Primavera,
 Derramando balsámicos olores,
 Y gozo y vida desde la alta esfera:
 Con los céfiros juegan los amores,
 Volando desde el soto a la pradera,
 Y malignos las flechas ya preparan
 Que a las incautas vírgenes disparen.

* * *

De tan grato espectáculo gozando
 La castellana hueste se encamina
 Al sevillano emporio, y admirando
 Va el arte y la destreza peregrina
 Del moro agricultor, por quien manando
 Desde el tendido valle a la colina

En frutos copiosísimos la tierra,
Habitantes innúmeros encierra.

Cubierto de alquerías se ve el suelo,
Y de agradables quintas y jardines,
Do reposaba un tiempo sin recelo
Entre fragantes rosas y jazmines
El muelle musulmán; pero ya en duelo
Se trocó su placer, y los clarines
Suenan donde antes el amor dichoso
Entonaba su canto delicioso.

Al son de las trompetas aterrados
Su rústica morada abandonaban
Los veloces alárabes cargados
Con los tiernos infantes que temblaban
Al cuello de sus padres abrazados.
Los guerreros cristianos respetaban
A los prófugos tristes que cogían,
Y a sus quietos hogares los volvían.

De cristianos jinetes perseguidos,
Por los contornos fértiles y amenos
A la ciudad huir despavoridos
Se ven los corredores agarenos.
Mas ya los castellanos complacidos
Descubren a Sevilla: en los serenos
Pechos del patriotismo arde la llama,
Y «vencer ó morir» la hueste clama.

Los cautos moros desde la alta almena
Ven relumbrar las lanzas castellanas:
Corre la nueva infausta, el parche suena,
Aterrando a las bellas musulmanas:
Rumor confuso en la ciudad resuena,
Como suele en las costas africanas

Agitarse y mugir la mar sonora
Antes de la tormenta bramadora.

Al profeta impostor en triste acento
Invocan los ancianos: congojosa
La madre al hijo estrecha, y su lamento
Crece al oír la trompa bélica.
Al eco de la guerra turbulento
Siente su sangre hervir, y no reposa
El joven musulmán: viste la malla,
Y arde por distinguirse en la batalla.

De Sevilla el tirano sube al muro,
Exhorta a los guerreros que con brío
Aguarden de la lid el trance duro.
Corre luego, ostentando señorío,
De puesto en puesto, el sitio mal seguro,
Do puede peligrar su poderío,
Con guerreros intrépidos guarnece,
Y lisonjeros premios les ofrece.

**Descripción de la mezquita de Sevilla, y aparecimiento en ella
del tirano infernal bajo la engañosa forma de Mahoma**

Yace junto al alcázar ostentoso
La célebre mezquita do el impuro
Alárame se postra respetuoso.
Cerca un robusto y almenado muro
El recinto cuadrado y anchuroso:
Daban entrada al santuario oscuro
Doce puertas de cedro allas, labradas,
Y con dorados broncees adornadas.

Cien columnas de mármol la techumbre
Dorada del gran templo sostenían,

Y allá en el fondo que la alegre lumbre
Nunca del sol bañó, do presidían
Ciega superstición y servidumbre,
En urna preciosísima tenían
Del Corán custodiados los errores
Aquellos sacerdotes impostóres.

* * *

Treinta lámparas de oro refulgentes
El vano adoratorio iluminaban.
A su luz misteriosa reverentes
El Rey y los imanes caminaban,
Y en las altas cornisas relucientes
Sus mesurados pasos retumbaban,
De la noche el silencio interrumpiendo,
Y pavor en el ánimo infundiendo.

* * *

Póstrase el musulmán supersticioso,
Y en fervorosa súplica «Alá santo,
Dice, que desde el Indo caudaloso
Al atlántico mar con poder tanto
Brillar hiciste el astro lumirioso
De la eterna verdad, cubre de espanto
Y mortal confusión al nazareno,
Que extinguir quiere el culto sarraceno».

* * *

Oyese la plegaria en el tremendo
Imperio de la noche sempiterna,
Y el tirano infernal, estremeciendo
La inmensa y ardentísima caverna,
Venganza jura, y desde el trono horrendo
Do á sus legiones miserables gobierna
Parte á Sevilla en ominoso vuelo,
Cual negra nube que oscurece el suelo.

* * *

Por la región del caos silenciosa
Marcha, y á cada vuelo se adelanta

Mas que en la noche exhalación fogosa
Cundo cruza veloz y al vulgo espanta.
Ya alcanza á ver del sol la esplendorosa
Llama que á los mortales nos encanta,
Y gime recordando que algún día
El con brillo mayor resplandecía.

* * *

Llegando á la ciudad forma engañosa
Toma de musulmán, y con despecho
Lánzase en la mezquita pavorosa.
Cruje y retiembla el penetrado techo,
Y la tierra vacila estrepitosa.
Acongojado del monarca el pecho
Con la visión terrible desfallece;
Y el imán aterrado se estremece.

* * *

Mas luego alzando la amarilla frente
Ven la fantasma colosal: su diestra
Empuña un cetro de metal ardiente,
Sus ojos brillan cual la luz siniestra
De cometa que alumbra al occidente;
Al triste resplandor la sien se muestra
Ceñida del turbante, que remata
En media luna de lustrosa plata.

* * *

«Deponed el terror—con voz tronante
»Clama el dominador del hondo abismo—;
»Vuestro profeta soy, cuya triunfante
»Ley el brillo eclipsó del cristianismo:
»Contra el poder del déspota arrogante
»Que aniquilar pretende el islamismo,
»Otro poder más alto se levanta:
»Y ¡ay; del que contra mí mueve su planta.»

* * *

«Dolores, pestilencia, cruda muerte
»En el real sembraré del nazareno,

»Y al mismo amor transformaré de suerte
»Que abraze el pecho cual mortal veneno:
»Vosotros batallad con pecho fuerte
»Defendiendo el imperio sarraceno.
»Delicia eterna aguarda al que su vida
»Por mi ley aventure perseguida.»

DEL CANTO 3.º

Descripción de una batalla

Cual lava que en torrentes inflamados
De la alta cima del volcán desciende:
Por tus campos, Trinacria, dilatados
Con hervorosa rapidez se extiende
Arrasando las vegas y sembrados,
Y entra en el ancho mar, y el mar se enciende;
Así a la playa llegan los guerreros
Terribles fulminando sus aceros.

* * *

Y embisten, y la muerte los precede
Gozándose en la bárbara matanza;
Mas no por esto la morisma cede,
Antes redobla su furor, y avanza,
Y ya el cristiano resistir no puede
El ímpetu feroz de su venganza:
De Lara el escuadrón se desordena,
Tiñendo en sangre la sedienta arena.

* * *

Pero Vargas blandiendo furibundo
La ensangrentada lanza, «castellanos,
Muertos nos vea con honor el mundo,
Grita, rendidos nó», y á los paganos
Se arroja; al primer bote el iracundo
Reduan, que entre los moros sevillanos

Renombre de invencible disfrutaba,
Cae, y con muerte acerba al punto acaba.

* * *

Al encuentro saliendo Sarracino,
Su maza pesadísima descarga,
Que resbalando en el almete fino,
Pierde su fuerza en la redonda adarga;
Mas antes que otra vez el argelino
Levanta el brazo, el campeón le carga,
Atraviesa la lanza el pecho fuerte,
Y las sombras le cubren de la muerte.

* * *

Corre a vengarle Hacén el indomable,
Y suelta á su bridon las enojosas
Riendas el castellano imperturbable.
Como al chocar dos nubes tempestuosas
Se lanza con fragor rayo espantable,
Así hiriendo las lanzas ponderosas
En uno y otro peto resonaron,
Y cejando los potros retemblaron.

* * *

Mas vuelven prontamente á la pelea;
Del cristiano adalid la resentida
Adarga el moro intrépido falsea,
El guarda-brazo rompe, y la bruñida
Coraza con la sangre bermejea
Que brota hirviendo de la horrible herida.
El musulmán ufano lo repara,
Y para otra embestida se prepara.

* * *

Cual león de Numidia, que rugiente
La encrespada melena sacudiendo,
Al pardo que le hirió traidoramente
Se avalanza veloz, en fiero estruendo
Combate hasta vencer rabiosamente:
Suená á lo lejos el rugir tremendo,

La tierra se estremece con la lucha,
Y trémulo el ganado los escucha.

Vargas así revuélvese furioso.
Y sin adarga al sarraceno embiste:
Al bote desmedido y estruendoso
La doblegada lanza no resiste,
Y vuelan las astillas, tembloroso
Cae del caballo el agareno triste,
Haciendo un ruido el cuerpo agigantado
Cual roble por el viento derribado.

Desenvaina la espada fulminante
El fuerte campéon, y la cabeza
Iba á cortar al árabe expirante,
Cuando acude con rápida presteza
Un cuerpo musulmán, que en el instante,
Animado de bárbara fiereza,
Con el ínclito Vargas acabara
Si otro escuadrón cristiano no llegara.

No con mayor estrépito rodando
De montañas opuestas dos torrentes
En el valle se encuentran, y luchando
Con ondas espumosas y fervientes
Van las vegás y bosques atronando,
Como aquellos guerreros impacientes
Con espantosa furia batallaban,
Y los vecinos campos atronaban.

No menos esforzado en otra parte
El ilustre Vivar arrolla al moro,
Fulminando el acero como un Marte:
Por él se cubrirá de luto y lloro
La orgullosa Jerez, cuyo estandarte
Yace ajado en la tierra con desdoro:

Tú, Muley, le llevabas; tú que hollado
Gimes bajo el caballo ensangrentado.

Lara, que con intrépida osadía
Valor nuevo á los suyos ha infundido,
Al lugar más expuesto ya los guía,
Y éntrase por la hueste enfurecido,
Y cien guerreros al abismo envía.
El moro por doquier acometido
Con presurosa planta va cejando,
El campo de batalla abandonando.

Mas luego les guarece un bosque espeso,
Y haciendo frente en él, quién arrojaba
La pica hiriendo al alazán travieso,
Quién el dardo mortífero lanzaba.
El cristiano adalid con cuerdo seso
La cólera impaciente refrenaba,
Ante el bosque parando cauteloso,
De sagaz emboscada receloso.

Fernando en esto llega, y cercar manda
A unos el bosque, en tanto que valientes
Otros en él penetran en demanda
De los moros arteros e inclementes,
Cual de palomas á la espesa banda
Persiguen los milanos diligentes.
Defiéndose el alárabe emboscado
Detrás del matorral enmarañado;

Mas corre allá con vengador acero,
Y le ahuyenta el invicto castellano;
El vengativo musulmán empero
Huyendo lanza con certera mano
La pica penetrante, y el guerrero
Que le persigue cae; mas el pagano

Que celebraba ya su buena suerte,
Recibe de otro inesperada muerte.

Triste clamor de moribundos suena
En derredor de los espesos troncos
Salpicados de sangre sarracena:
Mézclanse al lamentar los gritos broncos
Del guerrero, y la trompa que resuena
Y del hueco atambor los ecos roncous.
Cubierto el suelo está de ensangrentados
Turbantes y de cascos acerados.

**Relación que hace el Almirante Bonifaz de su navegación, y
pintura de una batalla naval**

En medio del cristiano campamento
Una tienda magnífica se alzaba
De seda carmesí; rico ornamento
Del pabellón la puerta herloseaba,
Y en el alto remate al libre viento
El pendón de Castilla tremolaba.
Aquí Fernando al almirante osado
Aguarda, de sus próceres cercado.

Llegando á su presencia, respetuoso
El comandante Bonifaz se inclina.
Recíbele en sus brazos bondadoso
De Castilla el monarca; y ¡oh divina
Omnipotencia, exclama, cuán glorioso
Premio á la virtud das! Tu peregrina
Navegación me cuenta y tu victoria,
Caudillo digno de eternal memoria.

Dijo; y comienza Bonifaz: Apenas
Vuestra orden, gran monarca, recibimos,

Con templado aquilón y ondas serenas
De la costa cantábrica salimos.
Sin mover aquel día las antenas
El rumbo con bonanza proseguimos;
Y tendiendo la noche el negro velo,
Nos ofrece un prodigio el alto cielo.

Rayos de blanca luz esplendorosa
Parten del frío polo iluminado
El lejano horizonte, y en la undosa
Superficie del mar reverberando.
Con viva tinta de carmín y rosa
Vanse á trechos las nubes colorando,
Y crece su matiz, y un horno luego
Parece el polo de encendido fuego.

Atónita la chusma y aterrada,
Como agüeró funesto la luz mira,
Y ya su fantasía perturbada
Ve en el aire lidiar con feroz ira
Una hueste con otra encarnizada;
Y cuando más frenética delira,
Cual si oyese triunfante al enemigo,
Con aspecto sereno así les digo:

Lanzad, oh nobles cántabros, del pecho
Ese vano terror que os acobarda:
Quien defiende á la patria, aunque deshecho
A sus ojos el orbe en ruinas arda,
Jamás debe temer; que satisfecho
De su justicia el cielo allá le guarda
Eterno galardón de gozo puro,
No como el de la tierra mal seguro.

Mas ni hay aquí peligros: el radiante
Esplendor que os asusta en la alta esfera
Propicia señal es que estimulante
Anuncia la victoria que os espera.

Tiemble el infiel que dogma repugnante
 Sigue de un impostor á quien venera;
 No el cristiano que abraza reverente
 La ley del Hacedor omnipotente.

Sus ánimos con esto se calmaron,
 Y al ver de nuevo la risueña aurora
 Al cielo gratos himnos entonaron.
 A tiempo que los montes el sol dora
 No lejos de nosotros se avistaron
 Las sierras del astur, do vencedora
 La Libertad alzó su frente erguida,
 Aterrando al alárabe homicida.

¡Que no puede en un pecho generoso
 De la patria el amor! En él ardiendo
 El gran Pelayo lidia, y el coloso
 Vence que á España amenazó tremendo.
 Salvada del naufragio sanguinoso,
 La hispana monarquía fué creciendo;
 Y ya por vos, señor, su poderío
 Se extiende hasta la margen de este río.

¡Salve, oh Gijón! clamamos a su vista,
 Pueblo dichoso, donde el trono hispano
 Vilipendiado en bárbara conquista,
 Cimentó la Lealtad con fuerte mano.
 Mientras el orbe sublunar exista
 Tu nombre más glorioso que el romano
 De gente en gente irá, de lengua en lengua,
 Cubriendo al opresor de eterna mengua.

Vuela surcando el golfo cristalino
 La proa resonante: al sexto día
 Dobra con rapidez el frágil pino
 El Nerio Promontorio, que en umbría
 Niebla esconde su frente de contino.
 Allí acaba la tierra y muere el día,

Y mil pálidas sombras se levantan,
Que en noche oscura al marinero espantan.

Mas ya alegrando el mar la luz febea
En el oriente rubicundo asoma,
Y vemos desaguar, con la marea
Luchando, el río que su nombre toma
Del minio que en su orilla bermejea.
Al esconderse el sol la furia doma
A nuestra vista el piélago espumoso
Del Duero undivagante y caudaloso.

Así en feliz bonanza navegamos,
Y de Olisipo el promontorio inmenso
Apenas á la espalda nos dejamos,
Cuando del polo austral oscuro y denso
Un escuadrón de nubes observamos.
Que triste marcha, y cubre el mar extenso.
Hórrido el trueno estalla de repente
Retumbando en las ondas roncamente.

Parte el rayo veloz: arde la esfera
Con la lívida llama, y al momento
Vuelve á reinar la oscuridad primera;
Pero estalla otra vez, y otras y ciento
El trueno sin cesar, y ya una hoguera
Parece el sulfurado firmamento.
Revuélvense las ondas estruendosas,
Chocan, y se revientan espumosas.

Las vacilantes naves agitadas
Ora en las sierras líquidas se encumbran,
Ora al abismo bajan despeñadas,
Y del abismo la negrura alumbran
Las rápidas y vivas llamaradas,
Que al piloto intimidan y deslumbran.

Redóblase el furor de la tormenta,
Y la chusma en su afán se desalienta.

* * *

Al cielo invoco, y dirigir las proras
Mando al sitio arriesgado de espumoso
Con las ondas del golfo bramadoras
Mezcla el Tajo las suyas: el piadoso
Cielo nos favorece; en breves horas
Llegamos al lugar donde rabioso
El río con el piélago luchaba,
Hasta que en hondo vórtice espiraba.

* * *

Entre sierras de espuma atravesamos
Arrostrando la muerte macilenta,
Y en el puerto por fin entrar logramos.
Cesa luego el horror de la tormenta,
Y a la grande Lisboa contemplamos,
Que en desigual terreno se presenta:
Mil deleitosas quintas en contorno,
Sirven a la ciudad de grato adorno.

* * *

Corre la muchedumbre desalada
Luego que ve vuestro pendón glorioso
Ondear ante la playa dilatada.
El Regente del reino cuidadoso
Saber desea el fin de mi llegada,
Y yo para informarle, presuroso
Partir resuelvo: el áncora se aferra,
Y en el esquife me dirijo a tierra.

* * *

Al ostentoso alcázar me encaminan
Dó rige Alfonso en vacilante mando
A los míseros lusos, que se arruinan
En bandos contrapuestos batallando,
Mientras los sarracenos se avecinan,
Voy por las largas calles admirando

Las torres de arabescos adornadas,
Las mezquitas en templos transformadas.

Llegado del Infante a la presencia
Satisfacer procuro su deseo:
Píntole de las ondas la violencia,
El abismo voraz que abrirse veo
Para tragar mis naos, y la clemencia
Del cielo que nos salva: el alto empleo
Le digo a que la escuadra se destina
Para extender la religión divina.

Salgo del regio alcázar, y a mi vuelta
Los funestos sucesos me refieren
Que causa de los lusos la revuelta.
Los de Coimbra obedecer no quieren
A Alfonso, con audacia desenvuelta,
Y osados lidian, y contentos mueren
Defendiendo al monarca malhadado
Por la romana corte destronado.

Cérigo y otras plazas malcontentas
Aquel ejemplo siguen, resistiendo
Del infante las tropas que violentas
Corren, quintas y mieses destruyendo.
Aménguanse los lusos las sangrientas
Armas contra sí mismo revolviendo,
Que lauros honoríficos ganaron
Cuando en vencer al moro se ocuparon.

Mas ya torno á subir á la alta nave,
Y haciendo la señal, damos la vela
Que impele el viento con soplar suave;
Pero arrecia después, la flota vuela
Hendiendo el cano mar, cual veloz ave
Que por llegar á la floresta anhela:

Ya al Promontorio Sacro vista damos,
Ya en próspera bonanza le doblamos.

* * *

Faro se nos presenta, do orgulloso
Tremola su pendón el mahometano;
Pero luego en Tavira victorioso
Vemos el estandarle lusitano.
Cuando se esconde el astro luminoso
En la húmeda mansión del Oceano,
Del Guadiana escuchamos la corriente,
Que entra en el mar con espumosa frente.

* * *

Cubre el cielo la noche pavorosa,
Y mando que la escuadra más unida
Navegue, y que la gente cautelosa
Esté para el combate apercebida,
Recelando en la sombra tenebrosa
Del árabe sagaz la acometida.
Todo es silencio; y solo en la distante
Playa se oye romper la onda sonante.

* * *

Rayaba apenas la rosada aurora,
Cuando las naves enemigas vemos
Allá al oriente: la ferrada prora
Hacia ellas impertérritos volvemos,
Aunque á las nuestras doblan: la sonora
Trompa resuena, apróntanse los remos;
Unas á otras las naves se convocan,
Y en orden de batalla se colocan.

* * *

Al llegar nuestra flota á la agarena
Terrible gritería se levanta,
Que el mar profundo y la ribera atruena,
Vuelan picas y dardos: nada espanta
A la gente cantábrica serena,
Que contra el enemigo se adelanta;

Y gritando «Santiago», el remo agita,
Y el curso de las naves precipita.

Mézclanse todas, cual en raudó giro
De vasta inundación ganados, gentes
Y árboles se confunden, y el retiro
Penetran de la selva ayes dolientes.

Del rechinante dardo el mortal tiro,
Los hierros de las lanzas refulgentes
De sañgre y confusión la mar cubrían:
Doquiera heridos míseros gemían.

Aquí dos gruesas naves aferradas
Por la encorvada proa, sanguinoso
Campo presentan, dó se ven airadas
Combatir con estrépito horroroso
Las gentes con las gentes encontradas.
Al disputar el paso peligroso
Caen muchos á la mar; la pugna crece,
Y la salobre espuma se enrojece.

Allá otra nave con veloz carrera
Y acerado espolón contra el costado
De la enemiga se dirige fiera.
Retiembla al golpe el cóncavo tablado;
Cruge el mástil: la chusma vocinglera
Vacila y cae, y el buque abandonado
Presa es del enemigo que le amarra,
Y su bandera con furor desgarrá.

Pero acude al momento á su rescato
Otra nave, y acude la contraria:
Crece el furor entonces del combate:
Vaga incierta la presa en suerte varía:
Hiérela al fin con decisivo embate,
A impulso de una fuerza extraordinaria,

El robusto espolón, y vela y pino
Húndense en espumoso remolino:

Hórrido son de voces y alaridos
Se escucha y de trompetas y maderos
Por las ferradas proas contundidos,
Y el áspero crujir de los aceros
Y del furioso viento los silbidos:
Dementes de coraje los guerreros
No escuchan ya la voz del que los guía:
Vuela de nao á nao la muerte impía.

En el tropel confuso diligente
Busco del musulmán la capitana:
Descúbrola; y me acerco velozmente,
Los tiros despreciando y rabia insana,
De azufre un mixto y de betún ardiente
Mando al punto lanzar en la africana
Embarcación: la llama activa vuela;
Arden las tablas y la hinchada vela.

Roncos gritos al cielo levantaban
Al profeta los bárbaros llamando.
Algunos á las ondas se arrojaban,
De las voraces llamas escapando,
Y la muerte en las ondas encontraban:
Otros el fuego rápido atajando
Hundidos en la nave perecían:
Otros auxilio en triste voz pedían.

Acuden á salvar á su almirante
Las naves enemigas, y á oponerse
Corren las vuestras, cual en lid pujante
Los enormes cetáceos suelen verse
Disputando una presa; el mar de Atlante
No cesa de bramar y enrojecerse:

Así naves con naves se amontonan,
Y más y más los ánimos se enconan.

Con horrísono estruendo el Oceano
Traga la ardiente nao; salvarse empero
Logra en otra el caudillo mahometano;
Y cual toro encelado, que ligero
Corre, bramando, por el verde llano
Contra el rival que le amenaza fiero,
Así el infiel caudillo se ensañaba,
Y á su gente ya tímida alentaba.

Contra su nave enderezar ordeno
El espolón ferrado de la mía.
Parte, y embiste el cántabro sereno.
Y en la proa que frente nos hacía
Se clava el espolón. El sarraceno
Caudillo más y más en furia ardía:
A saltar en mi nave ciego avanza,
Y el pecho le atravieso con la lanza.

Y en seguida cual rápido torrente
En la enemiga nave penetramos:
Ríndese absorta la agarena gente.
Y de luchar y de matar cesamos.
Abátese la luna prestamente,
Y la triunfante cruz enarbolamos:
Insignia que á los moros desalienta,
Y el valor de los míos acrecienta.

Sin caudillo y sin tino las restantes
Naves se desordenan fugitivas:
Persíguenlas los míos anhelantes,
Y traen en breve tiempo diez cautivas:
Las demás desaparecen. Ya triunfantes
Entramos en el Belis, y los vivos
Resuenan de la hueste vocinglera
Que en la florida margen nos espera.

